

El COVID-19 y la doctrina del pus loable

*«Guárdate de llaga de lepra, observando diligentemente,
y haciendo según todo lo que os enseñaren los sacerdotes Levitas:
cuidaréis de hacer como les he mandado.»
(Deuteronomio 24: 8)*

El médico dejó caer tras de sí la puerta de la calle. Le saludó el aire limpio de la mañana. Tenía suerte de poder salir. Llevaba puesto el uniforme y preparada su tarjeta para que nadie pusiera en cuestión sus intenciones, ni la madera, ni los fascistas de balcón (preciosa aportación a la lengua, pensó). Aquel confinamiento forzoso, aunque necesario para aplanar la maldita curva del COVID-19, era una tortura... Tal cual. ¿Cómo había sido tan fácil meter a la gente en casa? Y si era tan necesario... ¿por qué no paraba todo? ¿Quién se creía de veras que por dos semanas quebraría una economía? ¿O serían los beneficios?

La rebelión de las limpiadoras. Llevaba tiempo pensando en escribir un relato que se titulara así. Lo pensaba cuando salía cada madrugada y ahí estaban, silenciosas, fregando los portales. Se imaginaba una conjura secreta contra los principales centros de poder. Comunicaciones en clave mientras vaciaban los cubos de agua sucia en la alcantarilla y toneladas de amonal escondidas en los cuartos de la fregona.

El médico apuró el paso. Al tiempo que arrancaba el coche, subió el volumen de la música. Le ayudaba a espantar el cansancio de varias semanas doblando turnos, el poco dormir y la tensión de una calma sospechosa. Se acordó entonces de la leyenda de Asclepios.

Asclepios era uno de los hijos de Apolo, el dios-solar griego que daba y quitaba la salud. Aprendió el oficio de la medicina del centauro Quirón. Cuentan los mitos que lo ejercía tan bien que empezó a vaciarse de almas el Inframundo. Hades, dios de los muertos, protestó a Zeus olímpico, quien fulminó a Asclepios con su rayo. No sabemos si, para transmitir sus habilidades, la serpiente que llevaba enroscada en el cayado se escabulló. La serpiente tiene el sambenito de simbolizar el pecado en la tradición judeocristiana, pero también es símbolo de conocimiento en muchas otras. ¿Sería este virus una advertencia de Hades?

La pandemia del COVID-19 había dejado al desnudo muchos engranajes de la sociedad. Apareció en el momento en que el capitalismo, necesitado de crecimiento ilimitado, se había dado de bruces contra la realidad de la finitud del planeta. No era la primera pandemia de la historia, por supuesto. Sin embargo, ciertas características la hacían singular. Por un lado, la negación maníaca de las distancias en el espacio y en el tiempo. Por otro, su contagiosidad explosiva en las megalópolis, que absorbían insaciables un flujo constante de personas y energía. Los sistemas de salud no dejaban de estar atravesados por ese mismo modo de producir y de vivir. La respuesta del discurso capitalista al malestar pasa por el consumo de objetos -demanda insaciable-, entre ellos recursos sanitarios. La propia definición de salud de la Organización Mundial de la Salud (OMS) no dejaba de ser un ideal inalcanzable.

Después de esto, se dijo el médico, tendremos que cambiar muchas cosas.

Un rato después, se encaminó al primer domicilio de la mañana. Se resistía a dejar de ir a los domicilios «no urgentes» y «no respiratorios», a pesar de las recomendaciones oficiales. En pocos días, habían transformado el Centro de Salud en un locutorio. Así que siempre se presentaba voluntario para las salidas, en un pequeño acto terco de resistencia. Pulsó el telefonillo y le abrieron sin preguntar. No había muchas visitas en aquellos días.

La señora estaba en una cama individual. Le costaba mantenerse sentada. Al médico le daba pavor la demencia. Más que cualquier otra enfermedad. Si pudiera, firmaría por terminar con un cáncer que le permitiera despedirse de la gente y de la vida. La señora, sin embargo, insistía en recorrer el camino de vuelta a las etapas primeras del desarrollo. Ya ni quería abrir la boca para comer. Ni la ilusión del genoma humano, ni los fármacos de última generación, ni las resonancias cambiarían aquella cuesta hacia abajo. Por lo menos no tenía que aguantar toda esta historia del COVID-19, pensó. Al médico le agobiaba, más que nada, no poder entablar una mínima conversación. A fin de cuentas, somos animales que hablan, que simbolizan. A veces cuidamos a nuestros mayores hasta que son como niños, hasta el final. A veces cometemos genocidios. Si alguna vez no puedo ni hablar, pensó, que no me den haloperidol¹. Que me den un abrazo y me dejen en paz.

El médico volvió a la calle. Sólo había una cola de personas que esperaban, pacientes, por el pan nuestro de cada día. En el noticiero, un señor pálido de Texas, hablando con el aplomo perverso que da el poder, pedía a los mayores que se murieran a la mayor brevedad posible, para no alterar la cadena de la economía. Lo hacía mentando el bienestar de sus hijos y nietos. Hablaba, sin velos, de genocidio. De excedentes de población. Quizás pocas veces alguien se había atrevido a mentarlo tan serenamente. El genocidio es parte de la historia de la humanidad, uno de los mecanismos para controlar las poblaciones y para hacer desaparecer determinadas manifestaciones culturales. Es parte de nuestra barbarie. Pero genocidio es una palabra que señala al que la usa.

Alguien se preguntó si se podía escribir poesía después de Auschwitz. Al médico la respuesta le parecía evidente: era necesario, imprescindible escribir poesía después de Auschwitz. Una urgencia. Los supervivientes, como Primo Levi, se esforzaron en contar ese genocidio industrial, con la esperanza de que no volviera a suceder. Entonces hizo recuento de los genocidios que había presenciado desde que tenía memoria: los Balcanes, Ruanda. Artesanales, pero la misma compulsión de repetición, la misma insistencia histórica. Los más actuales: Irak, Gaza, Siria, Yemen (la Arabia Feliz, le decían). La fosa común del Mediterráneo en la frontera Sur. ¿Qué derecho tenía el COVID-19 para robarles la actualidad?

Entre las aceras estrechas y las plazoletas, se acordó de la historia de Ambroise Paré. Siempre le había caído simpático.

Ambroise Paré (1510-1590) fue un barbero-cirujano² francés que revolucionó el tratamiento de las heridas por arma de fuego. En aquel tiempo, la tradición académica mandaba cauterizar esas heridas con calor (un hierro al rojo o aceite hirviendo). Ambroise, que no había ido a la universidad, desarrolló durante la guerra del Piamonte una serie de técnicas que aumentaron la supervivencia entre los heridos. Empezó a coser los vasos sanguíneos y a tratar los muñones con ungüentos a base de huevo, trementina y aceite de rosas. Téngase en cuenta que, en aquella época, aunque una herida no fuese mortal de necesidad, las complicaciones eran frecuentemente fatales. En la Academia de París nunca le terminaron de aceptar, por su origen humilde y porque no entendía ni el griego ni el latín, las lenguas en las que se impartía el conocimiento médico de la época. Quizás eso fue lo que le permitió pensar por sí mismo. Hay muchos ejemplos como el de la «doctrina del pus loable³» en la historia de medicina.

Picó en la puerta, al lado del corazón de Jesús que bendecía a los moradores de la casa. Saludó al

1 Fármaco usado para la contención de estados de agitación intensa, también para aplacar los llamados síntomas psicológicos y conductuales de la demencia.

2 La condición más baja del escalafón de quienes se ganaban la vida curando (o intentándolo), vistos con desprecio por los médicos que estudiaban en la facultad.

3 Hasta que la idea fue definitivamente desterrada por Joseph Lister (1827-1912), se creía que la aparición de pus era una condición favorable para la curación de una herida.

entrar y preguntó por dónde tenía que pasar. La señora también estaba acostada en una cama individual, así que el médico se sentó en la de al lado. Le tomó el pulso. Algo anticuado, pero seguía siendo útil. Era acelerado, débil. Al auscultar su corazón, reconoció un ritmo galopante, y supo que se estaba muriendo. La respiración profunda, la mirada ausente y serena. Iban a dar igual el oxígeno, los análisis, las radiografías... Terminaba la cuenta de sus días. Y, sin embargo, no iba a poder hacerlo en su casa, con los suyos. Este sistema expropia hasta el trance de morir. Le asaltó entonces un verso que llevaba clavado desde la pubertad: «¡Tanto amor y no poder hacer nada contra la muerte!⁴». Se enfrentó al vacío que tenía delante, buscando las últimas chispas de vida que quedaban en aquel cuerpo doliente. Después de llamar a la ambulancia y repetir asépticamente los datos estadísticos de aquella señora, volvió a la calle, un poco más triste.

En el trayecto de vuelta al Centro de Salud, le asaltó la duda de por qué se había metido en ese oficio. Médico de familia... y comunidad, le gustaba subrayar cuando firmaba alguno de los documentos inútiles que le tocaba firmar.

Un profesor. Historia contemporánea, segundo de bachiller, un instituto que lleva el nombre de un genocida, Avilés. Explica las raíces de conflictos sociales que se vienen repitiendo, sin solución, hasta hoy. La propiedad de las tierras de España. Toda la clase apretada en el espacio de una fila de baldosas, al fondo, contra la pared. Mientras, un compañero elegido al azar se puede mover libremente por toda el aula. Así, siglo tras siglo, salvo el breve paréntesis del verano de la anarquía⁵. Una manera muy corporal de comprender que es imposible entender los hechos aislados de las condiciones sociales y económicas. Tampoco la salud es ajena a su contexto. Esa es la ilusión tramposa que crea el complejo biomédico⁶ actual.

Otro profesor. Medicina preventiva y salud pública, último año de medicina, una facultad que parece un fósil en la roca, Oviedo. Explica que las medidas que han contribuido a aumentar más la esperanza de vida de las poblaciones, o no tienen nada que ver con la medicina, o son de baja complejidad: saneamiento y potabilización del agua, alfabetización universal, atención perinatal, vacunas. Las amenazas a la salud de la actualidad tampoco tienen mucho que ver con lo sanitario: contaminación del aire y el agua, cambios en el clima, inseguridad alimentaria, sedentarismo, consumo de tóxicos en sentido amplio. En los próximos años de fin de la energía accesible y barata, las crisis ambientales secundarias al calentamiento global probablemente se sucederán en cadena⁷. Los virus como el actual son síntomas superficiales de una enfermedad más profunda y compleja.

Al llegar al Centro de Salud, el médico tuvo que esquivar las diferentes barricadas, físicas y simbólicas, que habían interpuesto entre la puerta de la calle y la de su consulta. El COVID-19 se estaba llevando muchas vidas en poco tiempo, sí. Era virus nuevo, decían. Se acabaría marchando, o terminaría por convivir con nosotros, como tantos. El problema radicaba en si, además, estaba infectando los cimientos de la Atención Primaria. Parecía que ya no nos ocupábamos de los mayores con demencia, ni de las personas fatigadas por la insuficiencia cardíaca. Casi ni dejaba tiempo para la angustia.

Después de abrir la ventana al patio, el médico se sentó, descolgó el teléfono insistente y se permitió una tregua fugaz. Una Atención Primaria en la comunidad... Qué sueño tan hermoso. Pocos sabían, o más bien no lo querían reconocer, que había sido un invento del tercer mundo, que, como tantos otros, se habían apropiado los otros dos. No la inventaron los rusos, tampoco los chinos, ni los ingle-

4 Del poema *Masa* de César Vallejo (1892-1938), poeta peruano.

5 Tras el golpe de estado fascista de julio de 1936 tuvo lugar una de las mayores experiencias de colectivización de la tierra en la Península.

6 Denominamos así al conjunto de la industria farmacéutica – tecnológica, el conocimiento universitario que lo soporta y las políticas (estatales y globales) que lo defienden.

7 Para profundizar, recomendamos *En la espiral de la energía* de Ramón Fernández Durán y Luis González Reyes, editado por Ecologistas en Acción y Baladre.

ses, ni siquiera la OMS. Había que desatarse de los tótems del pasado. Alma Ata, salud para todos... ¿A qué tanto recordarlos hoy? 40 años después, se habían vaciado de ideología. Significantes huecos.

Llamadas, papeles, lecturas... El médico terminó por fin otra extraña jornada más. De vuelta a casa, cambió la música en el coche y bajó el volumen. Parecía que, al calor de esta crisis, muchas personas volvían a intuir que la única salida no genocida pasaba por lo comunitario. Soñaban, deseaban (como él mismo) que este momento de encrucijada pudiera ser un buen empujón hacia otra realidad menos fea. Pero, ¿cómo organizarse sin repetir los mismos errores, igual de insistentes a lo largo de la historia? Le adelantó, por el otro carril, un furgón militar. No era el único que patrullaba las calles. Un aviso, diáfano. Muchas otras personas, no solo las élites, estaban anhelando un cierre autoritario, frente al vértigo de la incertidumbre y el fértil caos de ensayar alternativas. En el fondo, toda esta situación tenía un tinte de control social incuestionable, santificado por la autoridad sanitaria que, aunque un poco más respetable, era una autoridad, a fin de cuentas.

La medicina actual, en el escenario que se avecinaba, también tendría que migrar hacia otro paradigma. Sin duda, menos tecnologizado. Los síntomas de agotamiento del modelo iban desde la pérdida de eficacia de los antibióticos (mediante la selección natural de bacterias resistentes, incluido el bacilo tuberculoso) hasta la epidemia de la supuesta depresión (y su insistente farmacopea). Quizás fuera buen momento para el retorno de Higeia, una de las hijas de Asclepios. La preservación de la salud. Ahora que se insistía en poner la vida en el centro, que se hablaba de la ética de los cuidados. Ahora que la gente gritaba «¡las personas por delante de la economía!». Un vino nuevo que pedía a voces pellejos también nuevos.

Pensar otra medicina, descolonizada, pasará forzosamente por compartir el conocimiento con la comunidad. Una comunidad variopinta, paradójica, contradictoria... a la que no le quedará más alternativa que avanzar hacia la autogestión de su propia salud. El capitalismo se expande a costa de fabricar enfermos, de hacer a las personas dependientes de un experto, de una tecnología, heteronomizando los procesos salud-enfermedad. Prolonga la vida mientras pueda sacarle beneficio. ¿No ha dejado claro el COVID-19 lo que valen nuestros mayores, que el sistema va aparcando en los asilos?

El médico, de nuevo en el portal de su casa, vaciló un momento antes de abrir la puerta.

¿Seguirían aquellos lugares y aquellos tiempos donde fue feliz?

Regresó por un momento a la terraza de la rectoral de Bañugues. En el fondo: azul, intensa, la mar de Peñas. Todo el amor concentrado en un instante. Las guitarras rasgando quintas salvajes. Los cuerpos apretados. El aire de salitre y ocle moviendo la yerba alta, que refleja la marea con su ir y venir ondulante. Unos ojos que miran en los suyos. La paz.

Pepin Garay